

Cuentos del paraíso de las islas

12-14

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 21/11/2023

Número de páginas: 15

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

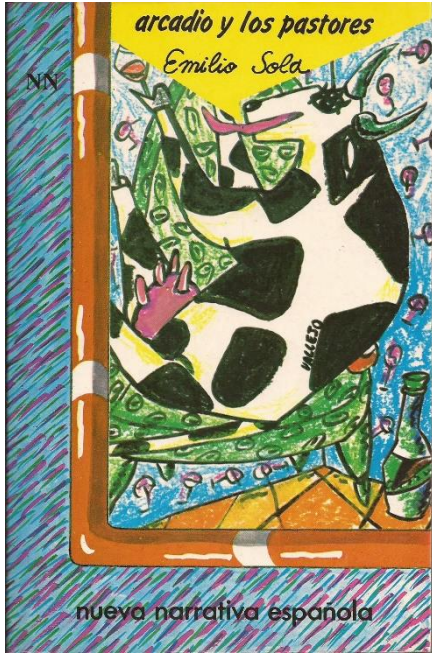
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

14 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

- | | |
|--|----|
| 1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. | 9 |
| 2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim
Bushacor sobre el padre del cuchillo | 13 |
| 3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. | 22 |
| 4. El grupo del valle del Mago | 32 |
| 5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de
Leila V y Estambuli Entrambosaires | 40 |
| 6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. | 50 |
| 7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago | 61 |

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

- | | |
|--|-----|
| 1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense
en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza | 75 |
| 2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la
cabritilla | 87 |
| 3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago | 97 |
| 4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la
historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros | 106 |
| 5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V,
con una interpolación amplia del amanuense segundo de
este relato | 114 |
| 6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez
de ésta y su abandono del valle del Mago | 124 |
| 7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov | 134 |

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

los sintió clavados en el corazón cuando ~~entró en la tienda~~ en la que Don Fion se preparaba para recibir el sueño, y se ~~abrazó a él,~~ las manos frías, el rostro ardiente.

7.—El viaje hacia el sur de Auanita —esta vez sin la compañía, como siempre hasta entonces y como desde poco tiempo después siempre, de Flora Abenza— lo hizo con un grupo procedente de Guelma, el más tardío en llegar para la trashumancia con un no demasiado nutrido rebaño de ganado ovino —razas selectas traídas de Extremadura, en España, por barco desde Huelva y para ensayos de cruces y aclimatación—, más o menos resuelto el problema de fijación con el hamuín Ali y con la ayuda, como hemos visto, de Don Fion y de Catalina Ivanova. Y fue por entonces cuando llegaron Yeni y Filis de su viaje al norte, a los dos días de la fiesta de la luna nueva de mayo que sería llena en junio, con la noticia espectacular que había de revolucionar todo aquel verano el paraíso de las islas: el mensaje del demógrafo Paulov que podía resumirse en aquel eslogan para muchos estremecedor, sobre todo para las mujeres, “chicas, a parir, que ésto se acaba”.

Filis y Yeni habían pasado tres semanas en el norte, en Annaba, la antigua Hipona, en donde estaban los mejores y más cercanos servicios de reprografía, para preparar varias copias de los trabajos realizados en tablero hasta el momento —las redes de cañadas reales de penetración hacia el sur con sus pasos difíciles, áreas de servicios mínimos y máximos, intersticios claves de rutas posibles de nomadeo, etc.—, además de para pasar unos días frente al mar, del que ya necesitaban, y allí recibieron el encargo de ser mensajeros para su grupo de las alarmantes conclusiones a las que había llegado Paulov en su estudio; la urgente necesidad de ponerse a parir. Eran todavía noticias vagas que habían de ir perfilándose más y más a lo largo del verano, pero estaba claro el punto de partida de que al furibundo antinatalismo en boga que el padre del cuchillo había perjeñado en una serie de normas prácticas muy

comprensibles y claves del éxito de tantas experiencias del paraíso de las islas sucedía ahora otro nuevo ciclo, otra nueva época, tal vez una nueva edad en la que había que regresar a prácticas natalistas aún no sabían de qué alcance o amplitud.

—Poco sabemos aún del asunto —explicó Yeni la noche misma de su llegada, tras la cena bajo las acacias—, salvo que hay que comenzar a dar a luz como descosidas. El trabajo de Cristino Paulov está siendo estudiado a fondo, al parecer, en estos momentos y en Annaba y en Guelma, que es de donde sabemos algo, han comenzado ya campañas de sensibilización, de discusión en asambleas y reuniones de todo tipo... ¡No veáis la movida que se está organizando! Leila Naser IV, por ejemplo, ya ha dicho que quiere ser madre por segunda vez y ha interrumpido su tratamiento contraceptivo, justo el último que preveía temporal, pues pensaba esterilizarse en breve, tal vez el próximo otoño...

A Yeni y a Filis les hacía gracia, recordaban las discusiones de Leila madre con su compañero Felice Otromundo que no se animaba a suspender su propio tratamiento temporal de contracepción y que sólo había accedido a ello tras la promesa formal de Leila IV de que los dos se esterilizarían definitivamente tras el segundo alumbramiento de la mujer y que no se separarían ni aún tras la maternidad, a pesar de la doctrina del padre del cuchillo que él consideraba obsoleta tras la “ocurrencia”, como él decía, del Paulov... Y se reían al recordar y evocar para sus compañeros la discusión en vivo, improvisada sobre la marcha en el teatro romano de Guelma y como un acto más de la representación de aquella noche, con un público apasionado que intervenía ya a favor ya en contra de uno u otro, y con una intervención final de Leila Naser V —y aquí Estambuli Entrambosaires prestó atención como si de cuestión de vida o muerte para él se tratara— en la que defendía que había mucho que hablar todavía, que ella no entraba en la movida de la maternidad porque sí y por las buenas, que era asunto personal aquel y que ni Paulov ni

la computadora ni el padre del cuchillo que se reencarnara podrían hacerla a ella entrar por un camino no deseado. Aquella sesión en el teatro de Guelma —última de la temporada de primavera allí, pues la compañía iniciaba gira por toda la costa hacia Túnez y hasta Alejandría antes de volver a Palermo para organizar la de otoño e invierno— fue la más animada y divertida que las dos chicas, Yeni y Filis, recordaban, más incluso que la del inicio de la trashumancia allí mismo en el valle del Mago que había terminado en tan jaleosa fiesta total. Hasta Olga Marruz había improvisado una canción de salsa-jazz alusiva a la ocasión, con el estribillo disparatado de “mejor trillizos, / mejor gemelos, / o bien mellizos. / ¡Más caramelos!”, que causó el delirio, se alargó casi veinte minutos con ritmo reiterativo y dejó a toda la chavalería del teatro, y a los no tan chavales, exhaustos de tanto bailar; luego, en broche dramático, Olga Marruz les comunicó que ella ya no podría sumarse a la nueva orientación pro-natalista que se preveía en el paraíso de las islas: desde hacía tres años se había hecho esterilizar para siempre.

A lo largo de junio habían de pasar hacia el sur, a conectar con las cabañas de trashumantes, escalonados, media docena de mensajeros; cada uno traía nuevas aclaraciones sobre el mensaje de Paulov. La última de las novedades fue ya menos alarmista: se trataba de parir un par de veces cada mujer, según unas edades aún no fijadas, en los próximos diez años; para entonces se calculaba que volvería a precisarse de nuevo la marcha de los grupos. Por otra parte, la “doctrina” del padre del cuchillo, salvo en el antinatalismo —“todo hijo será un accidente no deseado”, por ejemplo—, mantenía todo su vigor, seguía siendo actual. Esas nuevas noticias tranquilizaron bastante a todos.

— ¡Vaya con la Auanita! Parece talmente que hubiera intuído hacia dónde iba la movida —se admiró Ali tras conocer la noticia.

Y le contó a Filis y a Yeni —se habían extrañado de no ver a Claudia Auani en el valle y en la casa despertador de pájaros— las últimas dos semanas de la chica allí, todo el

proceso de fecundación de la muchacha. Arcadio les relató las locuras del hamuín, cómo andaba como los toros en el inicio de la primavera y festejaron las gracias de Ali.

—Así que estás en período fértil, ¿eh, Ali? —bromeó Yeni—. ¿No te apetece un semental así, Filis?

—Pues es para pensármelo, chica, y sobre todo ahora que me encuentro con un Imanol distraidillo —respondió Fidaya Shehade, la nombrada Filis.

Porque durante las dos últimas semanas Catalina Ivanova, para respetar la intimidad de las noches digamos nupciales de Ali y Claudia, había pasado a compartir su sueño con Imanol Tolosa y al regreso del norte de las dos muchachas orientales aún seguían inmersos en esa euforia de cuerpo nuevo hallado. Nada más llegar, Imanol se lo había comunicado a Filis; “lo comprendo, chico, yo hubiera hecho igual”, le contestó su antigua compañera encogiéndose de hombros, “además, ya llevamos muchos meses de historietas juntos, ¿no crees?”. Imanol había dicho que “sí, pero...”, mas Filis no le había dejado terminar y cerró sus labios con un beso breve y una nalgadita cariñosa, “macizo...”.

—Realmente, Yeni, no está nada mal el Ali... Además, es un hamuín... —siguió Filis con más sorna aún—. ¿A ver, chico? Date una vueltecita, que te veamos. Así..., así...

Y el pobre Ali, sin reacción rápida, como siempre, se encontró exhibiendo su palmito entre las dos muchachas, cortado y un tanto ufano a la vez, sin saber si reír o sonrojarse hasta que las risas de los presentes le hicieron sentirse incómodo y se echó a un lado.

—¡Jo, Filis, tampoco es eso! Lo que quieras, me lo dices luego, ¿vale?

Simón opinó que no debían precipitar la cosa, que tal vez fuera interesante esperar novedades más concretas; además, se corría el peligro de que, si todas quedaban preñadas a la vez, los meses finales de embarazo y los de parto y lactancia podían crear un verdadero caos en muchos grupos.

—Aquí mismo, sin ir más lejos —concluyó el viejo—. Si

durante tres o cuatro meses no podemos contar con ustedes, Yeni, Filis, Flora y Catalina, ¿qué podría pasar?

—En ese caso, yo soy prioritaria, Mago —risueña Yeni—. Soy la mujer de más edad aquí y si debo dar a luz varias veces en los próximos años, debo darme prisa, ¿no? ¡Me pido al Ali para el mes de junio!

El hamuín se había refugiado en la sombra, tras Simón el Mago, casi oculto por una acacia —tomaban el té después de la cena, fuera de la casa—, y en la penumbra se oyó su voz como para sí aunque bien distinta.

— ¡Pues lo que me ha tocado este verano! —y luego encarándose con Yeni—. Y por qué yo, ¿eh? Podíais fijaros en Estambuli o en Arcadio que andan por ahí nuevecitos, ¿no? O en Simón, que tiene experiencia en eso de fabricar hijos...

—El Mago no está para esos trotes, ¿verdad Mago? Además —siguió Yeni con su carga, divertida—, Simón ya tiene muchos vástagos por ahí sueltos, según dicen —y Simón, aunque divertido, hacía gestos de “moderación” con la mano— y tú estás en la edad de ser un buen semental, chico.

—Pues a mí no me va esa movida, Yeni —seguía el hamuín Ali, muy en serio y afectado de corazón por el tema—. Yo sé follar normal, y me gusta, pero hacerlo para que se te quede dentro el niño me pone muy nervioso... Me esfuerzo mucho para que salga bien y luego me quedo exhausto, como los conejos... Una vez o dos al año, vale, pero más es demasiado.

Yeni trataba, muy seria, de contener la risa. No así Imanol, Filis, Don Fion, Flora y Catalina que casi se revolcaban por las mantas de algodón de colores que habían extendido para la tertulia y sobre las que se habían instalado las bandejas y ellos mismos. Estambuli y Arcadio, serios y con los ojos muy abiertos, ora clavados en el hamuín, ora en sus compañeros, no parecían comprender ni el alcance de las palabras de Ali ni el por qué de aquellas risas sin freno. A Arcadio, en concreto, lo de los conejos le había impresionado sobremanera.

—Pues la Filis y yo venimos preparadas para ser fecun-

dadas, chico —siguió Yeni impertérrita—. Hemos interrumpido nuestro tratamiento de contracepción y si tú tardas en decidirte... no sé qué vamos a hacer.

—Pues no, y no, tías. Además —ya de pie, Ali, muy serio y hasta brillante orador—, sois unas caprichosas y mujeres de ideas fijas, ¿Por qué yo, que acabo de portarme como un hombre con Auanita, y no Arcadio por ejemplo, eh?

A Arcadio, que aquello de los conejos le había llegado al alma y le seguía trabajando dentro, no le gustó nada la alusión del hamuín.

—¡Eh, tú, Ali! ¡Déjame en paz a mí! —hablaba también muy serio Arcadio, sentado a la turca como estaba pero ya los brazos tensos apoyados en el suelo para saltar en pie si fuera necesario—. Arréglatelas como puedas y no compliques a los demás en tus problemas. Si la Yeni dice que tú vales, por algo será, que las mujeres saben bien de eso.

Ya todos, incluido Simón, eran una pura carcajada; Yeni reía abiertamente y Estambuli se sentía también arrasado por el reír general.

—Muy bien dicho, Arcadio —pudo articular Yeni.

—Perdona, chico —se disculpó Ali—, pero es que son unas cabezotas. Además, no te vendría mal a ti comenzar a follar un poco, ¿no?

—¡Y a ti qué! Ya empezaré cuando me apetezca y como me apetezca. ¡Y tú qué sabes si no empecé ya! —y Arcadio se puso también de pie de un salto—. ¡Métete en tus cosas, Ali!

Simón, malconteniendo la risa, sugirió que ya estaba bien del tema por aquella noche, que al día siguiente había faena dura y había que dormir. Algunos, entre ellos Yeni y Filis, recogieron las mantas y cacharros de la velada y los metieron en la casa. Don Fion quiso hablar algo con Ali pero el chico no estaba para razonamientos y pensó el gallego que era mejor dejarlo para el día siguiente. Simón, con Estambuli y Arcadio, se dio una vuelta por los cercados para echar un vistazo a los animales; Ali se adentró en el bos-

quecillo de acacias huyendo de las atenciones que pretendían prestarle sus compañeros. Aquella noche se la pasó al raso, bajo el más alejado árbol de la casa y de las jaimas, taciturno, en ocasiones añorando a su Auanita, hasta quedar profundamente dormido bajo aquel, el más gigantesco y viejo árbol, el de sombra más acogedora, la acacia abuelo de aquel jardín.

Don Fion —de quien este amanuense ha obtenido el grueso de información para estos capítulos últimos, como quedó dicho más arriba— recordaba que aquel verano había sido delirante tanto en el valle como en los grupos de trashumantes del sur, según las noticias que les llegaban de vez en cuando, así como por todo el paraíso de las islas; cada viajero que pasaba o cada viaje que hacía al norte algún miembro del grupo significaba historias y más historias simpáticas y hasta disparatadas, en ocasiones también un puntito dramáticas, que supongo que será materia para no pocos relatos como éste que me esfuerzo en con sobriedad contar. El verano del año 67 de la gran guerra, del año 67 del paraíso de las islas mejor, fue recordado un tiempo como el verano “del polvo fecundante” o “del polvo fecundador” o “el verano de la gran fecundación”. Hasta tal punto tuvo incidencia la campaña que hay toda una generación, tal vez la más numerosa recordada por los demógrafos post-paulovianos, de niños nacidos en la primavera del año 68 del paraíso de las islas, particularmente del mes de mayo. Mayo del 68 marcaría tales cotas de natalidad que, de alguna manera, el temor levemente apuntado por Simón de que podría darse hasta un bloqueo o fuerte entorpecimiento de los trabajos de los grupos fue una realidad y llegaron a semiparalizarse muchos proyectos en marcha al faltar casi la mitad de fuerzas productivas, las de las parturientas, lactantes y preparturientas; nadie pudo tomarse un día de respiro; se paría por todas partes y, en zonas más cálidas, hasta debajo de los árboles; hubo cursos intensivos de comadrones y —en lo que a nuestro espacio se refiere— hasta el propio Arcadio —un muchachillo hasta entonces sin duda, a pesar de estar a punto de sus veinte años— atendió

en el parto personalmente a la zagala Ñica, de diecinueve años, que dio a luz una chiquilla diminuta y llorona, hija de ambos, a la que dieron el nombre de Arcadia, en honor del padre, y el apellido de su mamá Ñica, Coprulu o Koprulu. Muchas de las sugerencias de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, fueron desbordadas por la amplitud y rapidez de la respuesta al llamamiento de Paulov. Pero es otra historia que haría dispersarse demasiado a este amanuense, a este relato.

Todas las mujeres del grupo del valle del Mago quedaron preñadas. Flora Abenza del gallego Don Fion, con seguridad, y lo mismo —con seguridad— Catalina Ivanova de Imanol Tolosa; Filis, al parecer, de Ali Hamuín, al que habían convencido al fin de que follar para dejar embarazada a una chica en nada se diferenciaba de follar sin más o por cortesía; este “al parecer” sólo lo fue al principio —Filis había tenido algún contacto con Imanol previo a la gravidez—: el niño que le nacería en marzo del 68 era el vivo retrato del hamuín en pálido. Yeni, sin embargo, no pudo precisar la paternidad de su hijo: nunca supo si debía considerarlo hijo de Simón, del hamuín Ali o fruto de un viaje breve al norte del final del verano; fue una hermosa niña de mayo del 68 y Yeni prefirió que fuera así, enteramente suya, sin sombra de paternidad concreta. Arcadio, con la chiquilla Ñica, había viajado en agosto a Guelma y, con el exaltado ambiente general, habían decidido también la fecundación; el fruto fue la pequeña Arcadia Coprulu; el viaje a la casa despertador de pájaros de la joven futura mamá Ñica para dar a luz, en su segunda experiencia de trashumancia, era toda una hermosa historia de amor claramente fuera también del modelo bujudminiano; y Arcadio, con la niña Arcadia Koprulu en brazos, tonto de alegría y ya sin saber qué hacer con ella —aún con los ojos semicerrados la había llevado a los cercados de las vacas, a la fuente de la Estrella, a ver a su yegüilla árabe Blanca...— significaba que algo empezaba a cambiar entre la chavalería de los grupos.

En cuanto a Estambuli Entrambosaires, la fiebre preña-

dora que alcanzaba a la mayoría a él le afectó de manera muy particular; no cesó de enviar mensajes a Leila Naser –V, para entendernos– durante todo el verano; viajero que pasaba hacia el este, viajero que se encontraba en Guelma o en Annaba con cartas de Estambuli para Leila, apasionadas líneas en nada diferentes a las del otoño anterior. “Querida Leila: la gente se ha vuelto loca y yo sufro tu ausencia sobremanera, ¿será ésto estar enamorado? Hasta algunos días creo comprender eso que los antiguos llamaban celos, sobre todo cuando pienso que tal vez te esté preñando algún tipo por ahí y que te guste. Casi todas las noches te me apareces en sueños, casi siempre vestida de pastora Marcela, y me pones muy cachondo y te fecundo, ¿sabes? No dejes de decirme si a ti te pasa lo mismo...” No sabe este amanuense si Leila y Estambuli conservan sus cartas de aquellos años jóvenes; habría que investigarlo y material bien hermoso sería para un texto de lo que llamaban género epistolar... Leila contestó en varias ocasiones a las misivas del Estambuli, notas breves, cariñosas, tranquilizadoras; el ambiente general, sobre todo en el agosto alejandrino de la compañía, también a ella le afectaba; sin embargo, y así se lo aseguraba en sus cartas a su amigo lejos, seguía firme en su no dejarse penetrar. Finalmente, en la última carta, Leila aceptaba una cita con Estambuli: quedaron en verse, a finales de septiembre, en Trapani; en el jardín de ciruelos e higueras en donde los restos de Gina Manfredi reposaban se reunirían los dos amantes, inmejorable escenario para su entrevista y –Leila no se lo aseguraba aunque decía que se lo plantearía con seriedad y Estambuli anhelaba que fuera así– tal vez para su noche de bodas. Cuando Estambuli llegó a Trapani, por barco desde Annaba, Leila Naser –ya en Palermo, preparaba la gira de otoño– le esperaba al pie de la pasarela y en el abrazo a los dos jóvenes se les saltaron las lágrimas. La fiesta del equinoccio de otoño, en el jardín de ciruelos e higueras de Gina Manfredi, fue para los dos una noche de exaltado amor, pero... Leila había suplicado a Estambuli que respetara su virginidad aún y el muchacho –al principio entristecido, luego le dio igual– le

había asegurado que no debía preocuparse, que así lo haría. Y así lo hizo. Fue una noche de exaltado amor para los dos y —aunque sin penetración— cada ciruelo y cada higuera del jardín —sin duda también aquellos que albergaban el sueño de Gīnā, testigos de la locura de Rocco, imposibles de individualizar según el plan de Erik Andersen de convertir aquel bosquecillo de frutales en memoria multiplicadora de aquella historia de amor y muerte, una de las más sobrecogedoras y hermosas del paraíso de las islas— testigos fueron también de las caricias, palabras, suspiros, risas y revolcones de aquellas dos teas encendidas que eran los cuerpos de Estambuli y Leila. Varios días más prolongaron su fiesta particular y apasionada; cuando se despidieron —Estambuli volvía al valle del Mago—, Leila seguía virgen... pero —lo descubriría semanas después y así se lo comunicó a Estambuli por carta— estaba embarazada. A Leila Naser tuvieron que desvirgarla al bisturí, antes del parto, una hermosa niñita vivo retrato de Estambuli Entrambosaires pero mucho más clara la piel, Leila Naser VI, nacida el último día de mayo —¡santo cielo, qué florido mayo!— del 68.

¡Meses de fuego, de juego, de alegría! El contrapunto dramático —y con ello quiero terminar esta II parte del relato— lo marcó, sin pretenderlo en absoluto, Catalina Ivanova. La chica Ivanova había quedado preñada de Imanol Tolosa, como habíamos visto, y sus primeros dos meses de embarazo transcurrieron, aunque con alguna indisposición, bien. Fue a mediados de agosto cuando comenzó a sentirse molesta, con vomitonas demasiado abundantes y pesadillas cada noche en las que se sentía perseguida por perros innumerables y entre sudores gritaba “mamá, guau-guau” o ladraba sin más. Luego —Imanol, a la semana de ver pasar las noches a su compañera en un ladrido, estaba aterrado— Catalina había comenzado a pasar mal los días también; perdió el apetito, perdió la alegría, casi no hablaba con nadie y, en ocasiones, como traspuesta, los ojos perdidos lejos, musitaba entre dientes “¡no puedo soportarlo!”, o “¡que me quiten ésto!” Cuando en las pesadillas noctur-

nas comenzó a gritar, después de los ladridos, “ ¡Que me saquen ésto de aquí!”, todos, comenzando por Imanol, opinaron que había que hacer abortar a la chica. La llevaron a Guelma y antes del cuarto mes de embarazo le extrajeron del vientre aquella gambita-feto, futuro niño que la Ivanova no había podido soportar en su cuerpo. Un mes largo se pasaría Catalina con fiebre alta y pesadillas; un sueño se le repetía obsesivamente cuando la fiebre remitía: un perro sucio, hambriento, de ojos tristes, perdido en una gran ciudad, maltratado en todas las esquinas de las calles en su vagabundeo y que terminaba corriendo y corriendo sin rumbo, atravesaba plazas, se metía en callejas sin salida, doblaba una y mil veces la misma esquina... Otro sueño era constante también en períodos de fiebre alta: unos como dibujos lineales de estatismo de foto fija —en contraste con la gran movilidad del sueño del perro abandonado en la gran ciudad—, que en ocasiones se alejaban o se acercaban en zoom lento hasta aparecer fragmentados, y que un día por azar reconoció en las gacelas de Samara, bajorrelieves lineales saharianos de ancestral belleza. Ya repuesta, Catalina Ivanova volvió a ser la muchacha de siempre, animosa y resuelta, despreocupada de su cuerpo, afable... y sin memoria clara de aquellos meses oscuros de su frustrada maternidad. Sólo recordaba con precisión —y eso hizo que pudiera reconocerlas un día— la imagen fija de las gacelas de Samara.